DE BIRRETES Y BOINAS

Ángel Ferrández Izquierdo

Preocupado por la formación complementaria de los licenciados, sigo muy de cerca toda la oferta nacional, pública y privada, incluso la que se anuncia en prensa o en Internet. Me ha llamado la atención que, en los últimos tres años, han proliferado los cursos sobre protocolo, lo que me produce una cierta perplejidad no exenta de curiosidad y de sorna. También la universidad española, siempre atenta a las necesidades del mercado, ha creado alguna Escuela de Protocolo, cosa impensable en aquellos países con lo que pretendemos compararnos.

El protocolo debería importarnos tanto como la marca de gallumbos de Bush, por lo que todo intento de ofrecer, y cobrar, formación más allá de unas normas básicas de comportamiento lo interpreto ya como un sacaeuros para ingenuos, ya como una manera de menguar una lista de enchufados en paro. Hace falta menos protocolo y más sentido común y buena educación. No obstante, no deseo descalificar a nadie que con él se gane honradamente sus habichuelas y respeto a quienes lo consideren importante, simplemente quiero desmitificar a quienes se ofenden, que los hay, cuando no se respetan escrupulosamente las normas que su uso aconseja y que muchos sufrimos.

A modo de ejemplo, me referiré al protocolo universitario en determinadas sesiones solemnes. Lo más llamativo, por colorista, es el cortejo de doctores que, en procesión y orden inverso de antigüedad, acompaña a la autoridad correspondiente. Como todo colectivo que se precie, el profesorado universitario, habitualmente conocido como PDI (personal docente e investigador) tiene derecho a vestir traje académico, compuesto básicamente por sayón negro y capelina del color de la carrera. Pero hay dos detalles de crucial importancia que suelen pasar desapercibidos. Primero, las puñetas, que indican el carácter docente. Segunda, y capital, el birrete –con flecos del color de la capelina-, que incide en la vertiente investigadora y sólo puede ser utilizado por quienes han sido capaces de lograr el doctorado, máximo grado académico. De ahí la solemne sentencia del presidente del acto en varios momentos de la ceremonia: *Doctores sentaos y cubríos*. El ritual es implacable con respecto al binomio doctor-birrete, pero ocurre que se cuelan infiltrados impenitentes que, siendo la excepción que confirma la regla, no consiguen desfigurar el cortejo. Sugiero, pues, que el Consejo de Rectores compre y distribuya una partida de boinas, con su rabillo a juego con el color de la capelina, para cumplir el doble objetivo: que nadie quede descubierto y que los falsos doctores queden retratados.

Ángel Ferrández Izquierdo
es catedrático de la Universidad de Murcia